do pueden añadir algo á su salario ordinario, se creen, y son en efecto superiores á los dichosos del siglo. Dios quiera hacer madurar en él esta feliz semilla de filosofía, y volverle en lugar de los falsos bienes que pierde, la paz y la dulzura que huyen de los techos dorados para refugiarse en las cabañas y en las pajas.

Se me olvidaba deciros que el Marqués se halló como aliviado al pasar por Rivoli, que es un palacio donde el padre del Rey estuvo mucho tiempo prisionero. Este ejemplo de la inconstancia de las grandezas humanas, sirve sin duda para endulzar la amargura de su actual situacion.

CARTA XXXIX.

RESPUESTA A LA ANTERIOR.

Estoy, querida hija mia, tan sorprendida de tu desgracia, como edificada de tus sentimientos acerca de las grandezas y vanidades de este mundo. Son ilusiones que pasan: tu lo experimentas hoy sin que te hagan impresion; mas los que están apegados á ellas lo sienten de un modo demasiado cruel, en la vida y en la muerte. Espero que nuestro querido Marqués hará iguales reflexiones; y tal vez es este el instante que Dios

le esperaba en su misericordia para abrirle los ojos sobre el precio del favor, de las dignidades, y de los honores.

Poco conocias la corte cuando contabas tener amigos despues de tu caida. El cortesano, por lo regular cobarde adulador, lo sacrifica todo al deseo de medrar: esclavo vil de los caprichos de su amo, dobla de buena gana la rodilla delante del ídolo mas despreciable, y no temeria renunciar á su propio padre si creyese por esto hacerse agradable al soberano. Cuantos grandes enorgullecidos por los respetos que se rendian á su favor, se han visto en el caso del asno cargado de reliquias, que se apropiaba para sí el incienso que se ofrecia al fardo, y quedó muy sorprendido del menosprecio que se hizo de él luego que se le quitó la carga.

No me admira la generosidad del Conde; un corazon como el suyo no está hecho para acomodarse al tiempo. Esto podrá tal vez perjudicarle actualmente en el concepto del Rey; pero cuenta con que este Príncipe que es equitativo, le estimará mas luego que se hayan pasado sus primeros movimientos. Los Príncipes, acostumbrados desde su infancia á ver arrastar debajo de ellos todo lo que se les acerca, se irritan al pronto de la resistencia que encuentran á sus volunta-

des por injustas que sean; pero en el fondo de su corazon no pueden ménos de estimar á una alma bastante grande para oponerse á sus caprichos. Tarde ó temprano la inocencia de tu esposo será reconocida, y el Príncipe dará gracias al Conde por no haberle abandonado. Tu padre ha tenido el honor de conocer al Rey de Cerdeña en algunas campañas que ha hecho bajo sus órdenes. A un gran valor junta un fondo de equidad muy raro en las personas de esta clase, y lo mejor es que tiene mucha religion. Es preciso que haya sido engañado sobre las cosas de tu esposo; pero el tiempo le justificará, y le volverá á la gracia de un amo justo y equitativo. Tu padre escribe al Marqués para demostrarle la parte que tomamos en su desgracia, y yo juntaré ademas dos palabras de mi puño; asegúrale en el ínterin de mi sensibilidad sobre todo lo que le toca.

Me admira lo que me dices de tu hermana, y temo que con el Conde se la haya escapado su secreto; procura empeñarla á abrirte su corazon, y pongamos este negocio en manos de la Providencia. No me atrevo abandonarme á las ideas lisonjeras que se presentan á mi imaginacion; pero te aseguro que me seria muy dulce ver tomar por ella á ese pobre Conde los sentimientos que ha tenido por tí: no es ni su rango, ni su fortuna

á lo que yo atiendo; su virtud es la que me haria mirar su alianza como la mayor felicidad, aunque estuviese en la mas comun condicion.

No dudo que la Baronesa de R..... haya tenido mucha parte en vuestro destierro; la Reina se divertia con el pesar que la causaba la amistad con que te distinguia; pero sus artificios se volverán contra ella misma; descansa en vuestra inocencia, y en el celo del Conde.

El paralelo de aquel pobre Príncipe con el de esa gente infeliz, á quien un leve aumento de ganancia transporta de gozo, es muy propio para hacer comprender el justo valor de los honores y de las dignidades: es menester, hija mia, prestarse á ellas; pero insensato el que se fia y las mira como esenciales á la felicidad.

Dime si precisamente vuestro destierro está fijado á vuestras tierras, y si no tendréis la satisfaccion de ir á Chambery, á ver otra vez vuestras queridas Saboyanas. Estoy segura de que vuestra desgracia no las impedirá el festejaros bien: ellas no se cuidan muy mucho de seguir los usos de la corte, y creo que se alegrarán de volveros á ver.

CARTA XL.

DE LA MARQUESA D*** A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: estoy suspensa aun con los hermosos objetos que se han presentado á mi vista. Este Monte Cenis, que fué antes causa de mi espanto, acaba de ofrecerme el espectáculo mas bello que puede imaginarse. El camino por donde me han conducido, y que está á la izquierda viniendo de Turin, es todo de una anchura regular y no hay que temer en una caida, rodar al fondo de los abismos. No hubiera jamás reconocido la llanura, si no hubiese sabido, á no poderlo dudar, que era la misma que me habia dado tanto horror. La vista de un estanque magnífico me ha causado tanta mayor sorpresa, cuanto en invierno no se descubria el menor vestigio de él; un cesped esmaltado con mil flores, desconocidas en su mayor parte, lisonjea agradablemente los ojos, y esparce en el aire los mas agradables perfumes. Se experimentan en esta llanura á un mismo tiempo las diversas estaciones del año; en el medio hace un calor abrasador; los yelos y las nieves de que están cubiertas en todo tiempo las montañas que la cercan, mantienen allí un invierno perpétuo; y cuando se alejan igualmente del pié de las montañas, y del medio de la llanura, se goza de los encantos del Otoño y de la Primavera. Mi esposo ha querido mejor alargar un poco la ruta para escusarme los grandes calores, y nunca he viajado con mas tranquilidad. Os escribo de Luneburgo, á donde hemos llegado con felicidad, y de donde vamos á partir inmediatamente, no para Chambery, sino para nuestras tierras. El Marqués, que no consulta sino á su despecho, dice altamente que renuncia de buena gana, no solo al Piamonte, sino á la Saboya; él protesta que en vano le ofrecerian el puesto mas brillante, y piensa retirarse á una quinta que tiene en la Saboya, pero que está bajo la dominacion Francesa; y como la mayor parte de nuestras haciendas está en este Reino, quiere vender todo lo que posee en la Saboya, para no depender en nada de una corte que tan mal le ha tratado. Yo lo abandono todo á la Providencia, y he protestado con todo mi corazon al Marqués, que todos los lugares donde él quisiese vivir me serian igualmente agradables. No he podido hallar ocasion de hablar á mi hermana; ella os escribe, y su carta, que recibiréis con ésta, os dirá sin duda la causa de la mudanza que sospecho. Evito dejar solo

al Marqués en estos primeros momentos, y esto me obliga á concluir aquí mi carta.

CARTA XLI.

DE LA SEÑORITA DE MONTIER Á SU MADRE.

QUERIDA MADRE MIA: no sé como manejarme para abriros mi corazon. Tal vez tengo que avergonzarme de los sentimientos de que se ha dejado sorprender; tal vez tengo tambien que echarme en cara el obstinado silencio que he guardado con la mas tierna de todas las madres, y la mejor de todas las hermanas. Me atrevo no obstante aseguraros, que el haber encerrado todas mis penas dentro de mí misma, no ha sido por faltarme confianza; la singularidad de mis ideas me hizo temer el comunicároslas, y vos convendreis en que mi hermana tenia demasiada parte en lo que os escribo, para atreverme á comunicárselo. Os dejo sin embargo la libertad de hacerla ver esta carta si lo teneis por conveniente, y me refiero en un todo á vuestra prudencia respecto á una confianza que me parece delicada.

No puedo disimularme á mí misma que la lectura de los romances heróicos, me ha dado un

carácter, ó por mejor decir, un temple de ideas bastante particular, tal vez peligrosa, pero no obstante, no me resuelvo aun á mirarla como perjudicial. Me parece que esta lectura me ha elevado el espíritu, y determinado fuertemente á no dar mis afectos sino al hombre que se hiciese digno de ellos por un modo de pensar absolutamente distinto del comun. Partí para la corte en esta disposicion, y os confieso que llena de esta idea, los hombres que se ofrecieron á mis ojos, me parecieron indignos aun de la menor de mis miradas, los encontraba tan pequeños, tan pueriles, comparados con la idea que me habia formado, que me hubiera avergonzado, no digo de estimarlos y amarlos, sino aun de agradarles. No tardé en conocer cuan superior les era el Conde de C...; sin embargo, mi corazon estaba tranquilo, y creo que él hubiera conservado toda su indiferencia sin el accidente acaecido al Marqués, mi cuñado y protector. La generosidad que le empeñó á poner su vida en riesgo por salvar la de su amigo, me tocó hasta el fondo del alma; creí solamente admirarle, pero muy pronto conocí que le amaba; los celos fueron los que me lo hicieron conocer. Apénas principió á interesar mi corazon, cuando descubrí en sus miradas la pasion que tenia á mi hermana. Este conocimiento, que

debia naturalmente sofocar sentimientos que no hacian mas que nacer, acabó de ganarle mi afecto, llegando mi estimacion hasta su último periodo; por salvar la vida de un rival habia él sacrificado la suya; y esta generosidad me hizo ver en él el héroe á quien habia destinado todos mis afectos, y del cual no habia visto ni la sombra en cuantos hasta entónces se habian presentado á mis ojos, por lo que desde el mismo punto me determiné amarle toda mi vida. Yo sé que segun las ideas recibidas, una muchacha de mi edad no deberia pronunciar tal expresion sin rubor; pero os lo confesaré, querida madre, mia este uso y mis ideas son contradictorios. ¿Somos acaso dueños de nuestros sentimientos, para que tengan autoridad de hacernos un crímen de ellos? Hubiera tenido mala opinion de mi corazon, si él hubiese podido no estimar al Conde; ¿pero dependia de mí el detenerme precisamente á estimarle? El amor no es, segun mis principios, un sentimiento criminal, sino en las almas viciosas. Gracias á vuestras lecciones, y á mi natural altivez, nada temia de mis sentimientos, y los he alimentado con tanta mas complacencia, cuanto me parecia cosa heróica amar sin esperanza. El jóven Mastrilli, á pesar de los encantos de su figura, no pudo alterar mi constancia; y aunque sea

bastante ambiciosa para desear hacer un gran papel, el que él me ofrecia no fué capaz de deslumbrarme. Una pasion habia sofocado la otra, y si el Conde hubiera sido pastor, me habria parecido siempre el solo mortal digno de todos mis afectos. Para conservar la libertad de entregarme sin reserva á una inclinacion tan pura y tan inocente, vencí la repugnancia que tenia á la vida religiosa; mi amor, me decia yo á mí misma, es demasiado puro para tener nada de incompatible con este estado.

Hasta aquí, querida madre mia, me cuesta trabajo el persuadirme que mi conducta pueda merecer reprensiones; pero no me sucede así en lo que me queda que deciros; el despecho me ha hecho cometer una falta, de la cual jamás me consolaré, aunque tenga el suceso mas feliz. Dándome el Conde la noticia de la desgracia de mi hermano, me hizo ver una carta del Señor Mastrilli, que fiel á la desgraciada pasion que yo le he inspirado, le conjura á no perdonar nada para vencerme. Despues de haberme leido esta carta, me dijo que este sumiso amante no habia sacrificado el placer de verme, sino para hacer cesar la persecucion que se me hacia en su favor. Me ponderó este sacrificio, me exageró las buenas cualidades de este amante, su alta clase, su for-

tuna. Llena de despecho por oir al Conde defender la causa de su rival, mi corazon se pasó á mis ojos; y mirándole de modo que me entendiese ¡Ah Conde, le dije, es posible que seais vos quien me exhorteis á disponer de un corazon...! Pronunciadas estas palabras me detuve de repente; pero conocí toda su consecuencia, y mi vergüenza y confusion acabaron sin duda de descubrirme á los ojos del Conde. Nos quedamos los dos en silencio; mis lágrimas corrieron á pesar mio; y habiendo el Conde tomado mi mano, que besó ántes de que yo pudiese preveerlo; basta, señorita, dijo; concibo que habeis dispuesto de vuestro corazon; respeto vuestra pasion y vuestro secreto; y es imposible que con tantos encantos, el feliz mortal de que habeis hecho eleccion, no conozca algun dia su dicha; y se lenvantó al acabar de decir estas palabras. Queria sin duda darme tiempo para volver en mí; pero no me fué posible olvidar una imprudencia semejante; mi confusion no ha podido disiparse durante todo el tiempo de nuestro viage, y se ha aumentado mucho cuando el Conde ha suplicado á mi hermano que no disponga de mí ántes del fin de un año. Creo que á pesar de mis esfuerzos, no he podido conseguir ocultar el gozo que me ha causado esta súplica, no porque me lisonjee de haber

interesado al Conde; pues su pasion por mi hermana ha echado raices demasiado profundas; pero me veo al abrigo de las nuevas persecuciones que me podrian hacer, y limito mis deseos á verme libre de todo empeño.

Acabo de leer mi carta, y dudo si la haga partir. Por mas que me diga á mí misma que mis sentimientos nada tienen que pueda avergonzarme, la preocupacion sin duda, un cierto no sé qué, que no me es posible definir, me pone confusa á pesar mio. Lo que me asegura es que escribo á la mejor de todas las madres, que tendrá compasion de mi debilidad, y me dirá hasta qué punto soy culpable: temo sobre todo la escrupulosa virtud de mi hermana, en el supuesto que tengais por conveniente instruirla de mis sentimientos. No obstante, lo repito, me refiero á vuestra prudencia.

CARTA XLII.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER

Á LA MARQUESA.

Tú no tendrás, querida hija mia, sino una palabra de mi puño: espero que tu hermana te comu-

nicará su carta y mi respuesta; pero aguarda á que esto salga de ella, y sigue en las respuestas que la dés el camino que yo señalo en mi carta. No sé si el proyecto del Marqués, de fijarse en Francia, os será ventajoso; sin embargo, como tú dices muy bien, es menester abandonar á los cuidados de la Providencia todo aquello que nos pertenece. Adios, querida mia; mucha dulzura con tu hermana.

CARTA XLIII.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER

Á SU HIJA SEGUNDA.

¡Cuánta satisfaccion me das, querida hija mia, abriéndome tu corazon! jamás olvidaré esta señal de tu confianza. No como madre voy á responderte, sino como una tierna amiga. Este es el título que únicamente quiero respecto á tí, y esta cualidad me impone la ley de ser sincera, y de arriesgar el desagradarte, diciéndote sin reparo lo que me parece de tu modo de pensar.

La preocupacion, un cierto no sé qué, me dices, te obliga á avergonzarte á pesar tuyo de tus sentimientos; respeta, querida mia, esa secreta voz,

pues es de la naturaleza, que no ha sido enteramente sofocada por las perniciosas lecturas en que te has empleado. Ya sé que no somos responsables de los sentimientos defectuosos que involuntariamente se levantan en nosotros, pero se debe gemir, combatirlos, destruirlos; y tú estás, querida hija mia, muy distante de estas disposiciones. Lleno el espíritu de falsas ideas sobre el heroismo, te glorías de una pasion que hace la desgracia de tu vida, y que en mil circunstancias podria hacer un crímen de ella: yo no digo nada de mas, querida hija mia; el amor platónico es un fantasma que no existe sino en los romances. Felices disposiciones pueden alejar del crímen por algun tiempo, pero se llega desgraciadamente á uno en que se cae en él: no se conoce el peligro hasta despues del naufragio, y entónces los arrepentimientos son inútiles y supérfluos. ¿Qué seria de tí, querida mia, si el Conde, participando de tu pasion, no hubiese sido mas que un hábil impostor? A pesar de la certidumbre que tenias de su indiferencia, á pesar de la circunspeccion que la sola soberbia debia inspirarte, tu corazon te ha hecho traicion; tú le has dejado leer un secreto que te habias lisonjeado conservar enteramente sepultado. ¿Qué ventaja no hubiera podido sacar de es-

te conocimiento? Estás indignada contra tí misma por una debilidad semejante, cual no habrias jamás sospechado; mas yo me temo no sea la última; por lo regular el primer paso es el que mas cuesta, y éste ya está dado. Tú temblarás sin duda de los peligros á que te has expuesto; pero has recurrido, querida mia, al único remedio que podia hacerte escapar de tu ruina, y espero que esto te servirá de una leccion para lo futuro. Renuncia para siempre á esas lecturas, que ha faltado poco para que hayan emponzoñado tu buen natural: aprende á conocer toda la debilidad de tu corazon, á desconfiar de él, y á buscar socorro en los consejos de una hermana que te ama con ternura. Por escrupulosa que sea su virtud, no temas encontrar en ella un censor severo; la verdadera virtud hace tener compasion de las debilidades de los otros, y un celo amargo es solamente propio de los hipócritas. Te conjuro, pues, querida mia, que abras tu corazon con la Marquesa: yo no estaré ni contenta ni tranquila hasta que hayas dado este paso, del que te dejo no obstante la eleccion, porque yo no me olvido de que ahora estoy hablando con una amiga, á quien no tengo derecho alguno de violentar. No me atreveria á dejarte entrever uno de los motivos que me hace desear la hagas tu confidente; temeria prepararte nuevas penas: sin embargo, si contra toda apariencia el Conde tenia algun designio acerca de tí, como indican las últimas palabra dirigidas al Marqués, me parece que tendrás grande necesidad de los consejos de esa querida hermana. Adios, mi amada hija, adios mi tierna amiga, cuenta siempre con el mas sincero y mas vivo cariño, miéntras que continúes en merecerlo por tu confianza.

CARTA XLIV.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

Vednos aquí en fin en una tierra muy bella á dos leguas de Ginebra, en un paraje que en parte pertenece á la Francia, y en parte á la Saboya, pero la quinta está en la parte de Francia. Hemos empleado un mes entero en nuestro viaje, por las diferentes paradas que hemos hecho en muchos lugares. Nos detuvimos dos dias en San Juan de Morienne, donde vimos hasta qué punto el espíritu de codicia puede llevar los excesos y la locura. La misma tarde de nuestra llegada se representó el último acto de una comedia que habia comenzado algun tiempo antes. Ha yá cerca de dos meses que apare-